

PRIMERA MENCIÓN

# Trastorno

---

Geraldin Chuquen Salamanca  
Tecnología en Gastronomía  
Facultad de Arte, Comunicación y Cultura  
[geraldin.chuquens@uniagustiniana.edu.co](mailto:geraldin.chuquens@uniagustiniana.edu.co)



No sé exactamente cuándo ha sido, ni cómo acabé de esta manera. No comprendo el tiempo de mi llegada, ni mucho menos el día que terminó siendo la eternidad de mi condena, el día en el que cortaron mis alas y me encerraron entre las palabras, que nunca se escapan, en la infinidad del reloj del mundo, que nunca para, el día en el que mis pocas esperanzas se vieron empañadas por la niebla de la crueldad. Sí, así como resulta ser sencillo atrapar a un ave dentro de una jaula, yo había sido encarcelada, en el lugar más helado y miserable, desolado, invadido por olores nauseabundos, completamente insoportables, con nada más que la compañía de la eterna oscuridad, la única acompañante ante la desesperante agonía de mi martirio y, como de costumbre, no pretendía llegar a obtener la compasión de nadie, ellos...

Podrán decir lo que quieran, podrán burlarse de mi piel blanca como las hojas nuevas de los libros ingenuos, esa piel tersa y suave que ahora casi por completo anda cubierta por la mugre que, así como la nieve en invierno abriga los árboles, cuya calidad torturante de bacterias miserables acumuladas a mí me acompaña y petrifica mi piel. Podrán pensar que mi desquiciada y retorcida mente, moldeada a causa de los incontables suplicios y condenas que presencié en todos estos años... O días... O tal vez horas, tan solo manifestó reprensiones a una niña malcriada y caprichosa; pero estoy segura de que, si en estos momentos les mostrase mi rostro, ese rostro demacrado por los espasmos de los golpes, finalmente, ya no sería una vil mentirosa.

Aún recuerdo el sótano, aquel lugar oscuro y profundo con cadenas pendidas desde el techo, un techo impregnado de olor a sangre, sangre putrefacta, resbalándose por todas partes. Entre las paredes del rincón de la derecha había un cráneo con pedazos de carne que aún conservaba su lengua, partida a la mitad, y su ojo enganchado por los nervios ópticos, los cuales eran tan inservibles como yo en esos momentos. Ocupaban un espacio como masa

desecha en la tierra, que nadie jamás usaría de nuevo, y clavados con alfileres atraían a millones de moscas sedientas de su sustancia. Pronto la escena se robó la obra y allí, al frente de la calavera descompuesta, una larga mesa con púas y cuchillos puestos boca arriba estaban dispuestos a desmembrar cualquier agonizante cuerpo que intentase luchar. Consumiéndome entre las sombras de la luz, no tenía oportunidad de ganar, pues los gritos encerrados entre el eco del desdichado se quedaban incrustados sin poder salir al exterior. Miles de crímenes con sabor a carne, a esa carne cruda que estilaba la sustancia del pecado, el pecado más amargo, que se dejaba perseguir con tan solo poner un pequeño suspiro dentro de él ¿Ya te imaginas? Lo escalofriante que debe ser entrar, sintiendo que los ratones están deseosos de comer tus restos, cuando por fin te hayan torturado. Te aterroriza el simple hecho de imaginar esos martirios apetitosos, nada más horripilante que el anuncio de tu muerte y nada más desesperante que el esfuerzo perdido en tu lucha contra el verdugo causante de tus pesadillas.

Así era como se vivían los días en la profundidad de aquel lugar, sin poder saber si era de día o de noche, pues, ¿cómo saberlo? Si la luz de la vida no se asomaba por la sofocante oscuridad y, en vez de confrontarla, se vendía a la dama trayendo a sus pies nueva comida, sin siquiera pedirlo. Sin embargo, a mí me agradaba, me parecía extremadamente excitante ver cómo las sombras se tragaban a pedazos la poca luz que irradiaban los minúsculos ojos de los ratones. Eso me hacía recobrar mi yo interior, ese interior que lloraba a lo largo de este día que no terminaba, pero...

¿Y quién soy yo? Bueno yo soy una mujer; mi cuerpo, que había terminado aglomerando la grasa de la ansiedad, ahora estaba esquelético a causa de la desnutrición; mis labios, que en unos años habían enloquecido a muchos, ahora ya no podían incitar al pecado, su color intenso y su carnosidad se sumergieron en las mordeduras, que con ira me propiciaba para sentirme en vida; mis

cejas expresivas e intrigantes, que transmitían siempre rivalidad, continuaban afligidas desde el comienzo del dolor... ¿Mi personalidad? ¿Lo que en esencia era? Pues bien, solo hay un algo que decir: jamás nadie pudo ni podrá conocerme completamente, pero tampoco me desconocerán en lo absoluto como para no aterrorizarse con mi presencia. De esta forma es como puedo asegurarle al mundo que el exilio y el encierro lograron transformar mi incorregible libertad lo suficiente como para entender que nadie vuelve a ser lo mismo cuando lo quiebran.

Para cada humano en este mundo banal existen diferentes formas de sentir dolor, desde la fractura de un brazo o el fin de una relación. Sin excepción, cualquiera ha sido participe de romperse un poco, de eso a lo que llamamos morir por dentro. Pero, en mi caso, mi dolor se expresa de la siguiente manera, en mi cautiverio, así lo viví. Las manos frías y desquiciadas empuñando cuchillos que desquebrajaban cuerpos inocentes, en una mesa llena de sangre, de tu sangre, de esa que ya no sientes que es del todo tuya, con los pedazos de la carne putrefacta dejada ahí como evidencia viva de otros humanos violentados, con los clavos impregnándose hasta los huesos. Encadenada boca abajo, de vez en cuando, también sentía mi sangre bajando hasta mi cabeza, la horrible presión se hacía presente, el cerebro aplastado por mi líquido vital, mientras mis tobillos amordazados pendían desde el techo. Se notaban pálidos como el lienzo. Cada pequeña gota de mi esencia en sí, en esas eternas horas, buscaba un lugar en mi cabeza donde pudiera reposar. Obligada a la más grande locura, a la más grande demencia, terminaba con un trozo del cuerpo de un ratón entre mi boca, el mismo que en muchas ocasiones se comía mi carne muerta y se refrescaba con mi orina, esa orina que marcaba los rincones del sótano.

Terminaba tragándome todo aquel deleitante cuerpo diminuto, que salpicaba con cada crujiente mordida, cuyos huesos pequeños

trinaban rompiendo mis dientes y mezclándose con las heridas de mi boca. Mi garganta se rasgaba y nuevamente más sangre salía, ese líquido vital que, en este relato y en muchos más, hace su presencia, exigiendo con autoridad ser nombrado, dada la importancia que tiene para el humano. Esta es una majestuosidad del ser viviente, el mar que corre en el mundo que es cada cuerpo, un sinfín de sucesos en el que es inevitable su presencia, más aun en aquellos en los que las balas de cada frente quienes impactan a sí mismos y los cobardes con manos prolijas se inyectan de soberbia, disfrutando la agonía de los pueblos ignorantes.

Sin la oportunidad de ver al menos mi sombra, entendía por qué al eco le daba tanto miedo entrar. Su escabullida me parecía siempre coherente. Lentamente y sin darme cuenta el silencio se tragaba mis palabras, había acabado por olvidar algo tan sencillo como lo era hablar, como lo era el porqué de mi estadía y lo más importante: quién era yo...

Todo eso tenía una razón, pero yo, yo no la encontraba, yo no la merecía, no merecía cada uno de esos castigos y, aunque mi sufrimiento no afectaría a nadie, deseaba que en algún momento con terror la gente relatara mi pesado infierno. Probablemente, llegaría a ser insignificante, un ser sin palabra, sin valor, el inocente encarcelado, el cebo utilizado, nada en un mundo con todo, el grito a los vientos que nunca llego a ningún lado, ese grito que se disipó en el silencio, el día que nunca comenzó. Pero, seguramente, sí sería la oscuridad, una mínima parte de ella, pero ella en sí. Aprendí a convivir con su paciencia, aprendí que la luz no me alcanza porque yo soy el mal. Si llegase a salir, yo sería la corrupción, sería la miseria y la crueldad del inocente, del culpable y del que solo observa...

No sé qué día ha llegado, sin embargo, he empezado a sentir un dolor extraño, un dolor en particular que no está causado por las torturas físicas, es un dolor que contamina mi corazón, se

transporta por mis venas. En lo más profundo, donde los ilusos niegan que existe algo más, en mi alma, este se descarga y un vacío doloroso termina por empapar todo mi ser. Y es que, lastima tanto, me hace sentir como si una pieza de mi rompecabezas estuviera extraviada entre tantos fragmentos arrancados a la fuerza, algo así como cuando se olvida algo, pero se sabe que aún persiste en sí. Por primera vez en tanto tiempo, tengo un miedo escalofriante, un miedo que se pasea entre mi mente y paraliza mi cuerpo, un miedo que astutamente se oculta cuando quiero sacarlo. No me deja pensar claramente, me está desesperando, este temor me da ganas de vomitar, quiero arrancarme el corazón, quiero que deje de latir, quiero ver cómo poco a poco me ahogo en mi propia sangre, quiero parar este absurdo latir, esos latidos que solo son el camino más insensato y lamentable del ser humano.

He soñado antes con una tortura, una exquisita tortura, que me obligará a arrancarme los órganos. Pero, al parecer, mi secuestrador no es muy ingenioso, últimamente se ha vuelto muy repetitivo y el dolor que me provocaba a diario no es nada comparado con este aburrido sufrimiento físico. Estoy segura de que, si tuviera las herramientas necesarias para destruirme el alma, ya lo hubiera hecho hace mucho; aunque, a decir verdad, no creo ser capaz de dejar este mundo oscuro, el mundo que me ha acompañado toda la vida... ¿Toda la vida? No, así no es, yo no he estado encerrada toda la vida, yo también tuve mamá y papá, nunca hermanos, nunca amigos, pero si mamá y papá, y con eso siempre me bastó. Entonces, ¿por qué?, ¿por qué sigo encerrada?, ¿acaso no deseo verlos?

Ahora lo recuerdo, ellos no me querían, ellos también me maltrataron, por eso no dudé el día en que los maté. Disculpa si me estoy riendo, pero me alegra haberlos torturado hasta su yaciente última palabra, como símbolo, como resultado, como sentencia a lo que había sentido yo: ese verdadero martirio, que lograba el estrepitoso

movimiento al retorcerse de dolor, en el que los latidos incesantes acrecentaban el ritmo y, en cada brusco e indeleble ataque, el temor de quedarse intactos por las agujas o clavos resultaba tan profundo como dejar la cara petrificada de la tortura en sus rostros ineptos y malévolos. Así, de esa manera irracional era como cada día, al ponerse el sol, mi agonía me absorbía en el gran hueco de la desesperación. Con cada segundo, sin pronunciar palabra, grabando los diálogos en mi mente, prediciendo las acciones para volverme más vulnerable y sin destruir mi capacidad, me volví un alma profanada, la más sedienta de su sangre.

Cada condena, cada acción, cada palabra, fueron tan hirientes y desgarradoras que si las hubiese escuchado completamente me habrían despedazado el alma muy seguramente y, asimismo, golpe tras golpe, la poca humanidad dentro de mí, sin posibilidad de reacción. Pronto mi espalda perdió la sensibilidad, ni siquiera el tenue movimiento de una caricia era capaz de despertar esa marchita columna vertebral, que era ahora un molido de huesos luchando por resistir un poco más. Pero ya había tenido suficiente, los miles de latigazos ya no bastaban para hacerme flaquear. Sin embargo, nada, absolutamente nada era más desgarrador que cuando la noche alcanzaba el máximo nivel de oscuridad. Mi madre me arrastraba por las escaleras, arrancándome con brusquedad muchas veces el quemado cabello, que ya no aguantaba un jalón más; cada escalón me propiciaba un golpe nuevo y, amarrándome al costado de la cama, en el segundo piso de mi casa, ataba mis manos y mis pies con una cadena de púas.

Cansada de golpearme el vientre y el pecho, agarraba la daga de su mesa y levemente la introducía en lugares donde anteriormente me había golpeado. Debido a la pérdida considerable de sangre, mi madre se veía obligada a tomar la decisión de impedirle a mi vida extinguirse para siempre, así que, sin dejar que mi conciencia abandonara mi cuerpo, se desplazaba hasta el cuarto de mi padre

y, entre su inmenso desorden, hallaba esa medicina que me otorgaba la capacidad de sentir cada pequeño dolor sin dejarme llevar por esa luz tan brillante, tan anhelada para alguien que como yo deseaba solo fallecer. Agonizante, entre la oscuridad de una condena que se hacía eterna, la inyección aplicada por mi madre era algo peor que el daño causado por las corrientes eléctricas, que muchas veces marcaban mi cuerpo como si fuese un animal más del establo del mundo. Ya no existía espacio en mi piel que no estuviese maldecido por las cicatrices de las tremendas quemaduras hechas por su locura.

Pero, a pesar de que su tortura no tenía una razón lo suficientemente justificable, la causa de su odio profundo había sido el pequeño feto que, con miedo, crecía dentro de mi vientre, pues ante una violación no hay otro resultado: un niño no deseado, que viene al mundo a sufrir el mismo vituperio de su madre. Este se formaba dentro de mí y, ante su óbito predecible, yo no podía hacer nada más que aceptar. Exhausta de las lecciones del día, con la vida humana fallecida entre mis piernas, bañadas con los fluidos malolientes de mi aborto, trataba de encontrar lo que probablemente había sido la criatura de unas cuantas semanas, producto de mi padre y de mí. Sin serle suficiente, allí de nuevo, lo encontraba, encima mío, introduciendo su desagradable esencia, jadeante, excitado; violentamente sentía cómo llegaba hasta el último rincón de mi interior y me desgarraba un poco. Maltratada, agotada, sin poder percibir la sangre correr por mis piernas, perdía la sensibilidad completamente, con ojos lacrimosos.

Después de ese día nunca más volví a llorar. Mi madre, quien en el rincón masticaba la hoja del cuchillo, se encontraba atónita por el cinismo de su marido, y mi padre, que creía no dejarme nunca en libertad, ingenuos y eufóricos pensaban que habían logrado quebrantar el balance de mi existir; fue entonces cuando su necedad ante un imposible se hizo realidad y destruyó con brío las cadenas

de mi prisión. Los asesiné, igual que alguien destrozaría las cartas de un amor frustrado, desfiguré sin detenerme en ningún instante sus rostros; el ácido quemaba sus caras malignas como el agua quema la falsedad y, mientras creían no poder sentir nada más doloroso, los empalé. Recuerdo haberlo hecho aún más fuerte con mi padre, para que en cada nuevo empuje percibiera su machismo y arrepentido suplicara con demencia mi detención. Pero, para su mala suerte, el monstruo que había creado con sus maltratos ya no se detendría. Insaciable, mientras decaían, los descuarticé; el río de sangre desbordó mi sed y, ante sus últimos gritos, finalmente mi corazón descansó. Como una cualquiera, caminando entre los errantes mendigos, busqué a quien de mí se había burlado, pero, con cada nueva muerte, mi alma se volvía la de una asesina, oscurecida y profanada por la maldad, la corrupción y el deseo ilimitado del sublime sonido de clemencia. Finalmente, caí presa de un secuestrador, uno que seguramente me llevaba a su laboratorio lóbrego para hacerme pagar mi violenta forma de hacerme notar.

Desde entonces, no he sabido nada sobre ese personaje, ni su nombre, ni su rostro, ni el más mínimo detalle. He tratado, he intentado, mirarlo directo a sus ojos cuando me tortura, pero el dolor es más fuerte de lo que imagino pues, a pesar de ser una desquiciada amante del sufrimiento, no puedo evitar sentir la agonía cuando soy yo a quien se lo están provocando. Me he dado cuenta, en el eterno día que no piensa terminar, de que no vale la pena pensar en lo que habría sido de mi vida si tan solo hubiera aprovechado la libertad, si tan solo hubiera escogido vivir como alguien normal, en vez de vengarme de todos esos a los que odiaba tanto. Pero, entonces, inmediatamente, recuerdo cada instante de mi miserable vida y, tras chequear a detalle, ningún recuerdo bueno viene a mi cabeza. Esa soledad nostálgica estremeciendo mi cuerpo era mi pasatiempo favorito, era la forma como lograba sentirme humana; aún quedaba esa esencia innegable y con firmeza me sostenía

en esa idea porque, aunque estaba rota, aunque estaba realmente dañada, tenía la esperanza de salir y encontrarme un futuro, enamorarme y tener hijos, desarreglar mi cuerpo, hacer ejercicio, comer saludable, jugar con ellos, verlos crecer para luego despedirlos con sus nuevas familias, destruir sus vidas, asesinarlos a todos y comérmelos, terminar satisfecha dentro de una prisión, viendo todo el día paredes blancas con un sinfín de mensajes subliminales, con las drogas hasta la cabeza, tildarme de loca y acabar mi vida encerrada para siempre en mi mundo.

Mientras alucinaba, recreando los momentos que tendría al salir, la escena que yo nunca pude imaginarme abría el telón para su mejor invitada, la luz sofocante para mis ojos, acostumbrados a la bella pintura de negro, no era nada más que uno de los acontecimientos sorpresa de quienes creaban toda una obra para mí, penetrando en mi cuerpo, quemándome muy adentro. Angustiada, pensé en lo rápido que avanzaba esa luz y se comía todo mi bello paisaje; el olor salía por la puerta y ya no era lo suficientemente fuerte, mi nariz respiraba algo fresco, algo que no era orina, algo que no era hierro. Entumecida por lo nuevo, dos hombres vestidos como policías se acercaron a mí, sus rostros se veían claramente, se tapaban con fuerza la nariz con sus pañuelos, no lograban soportar el ambiente de mi exilio. Acercándose, uno de ellos se aseguró de que no tuviera armas, tenía miedo, era obvio, sus manos temblaban como cuando no se desea hacer algo, pero su valentía de hombre debía ganarle a la cobardía. Cansados de guardar silencio expresaron entre ellos unas cuantas palabras, y así fue como terminó todo.

—¿Esa es la chica? —Preguntó.

—Así es —respondió.

El hombre que estaba más hacia la puerta me observaba con desprecio, con un profundo rencor.

–Ni haciéndose todo ese daño, ni exiliándose por su demencia, usted pagará todo lo que ha hecho...

–¿Hacerme? ¿Yo?...

–¿A dónde se puede llevar a una persona así? –Preguntó el hombre que me había requisado anteriormente al tiempo que me esposaba.

–Nadie la puede llevar a ningún lado, porque hoy este error del mundo morirá –respondió el otro hombre.

Acercándose bruscamente, levanto un espejo, uno pequeño, de una niña probablemente, ya que en los bordes, la imagen de las estrellas se percibía. Al abrirlo, el monstruo que más me aterraba ver se presentó ante mis ojos, la criatura más despreciable y miserable...

Yo.

Fin